

## SEGUNDA PARTE

Historia de los griegos desde el comienzo de la era de las Olimpiadas, hasta la sublevación de Aristágoras de Mileto

## CAPÍTULO PRIMERO

EXTENSION COLONIAL DE LOS HELENOS Y HECHOS CONTEMPORÁNEOS

I. Incremento colonial de los helenos.—II. Macedonia.—III. Juegos nacionales olímpicos.—IV. Delfos.—V. Anfictionia délfica

## I.—INCREMENTO COLONIAL DE LOS HELENOS

Los tres siglos que median desde la era de las Olimpiadas hasta el comienzo de la expedición guerrera que tuvo efecto entre los principales Estados griegos y el grande imperio de los Aqueménides, se presentan á nuestros ojos envueltos en cierta oscuridad. Presumimos, pues nos es imposible afirmarlo absolutamente, que en medio de las tinieblas que cubren grandes espacios de ese importante período, la historia adquiere un brillante desarrollo. Analizando la tradición, resulta, con grandes visos de certidumbre, que la preponderancia de la historia helénica hasta mediados del siglo sexto antes de Jesucristo, debe buscarse no solo entre los helenos europeos, sino también en toda la periferia del mundo griego. Esparta apareció por primera vez durante dicho siglo, como un poder de gran importancia, y Atenas se presenta en todo su esplendor poco antes de la guerra de Persia; pero hasta esa época, es decir, hasta mediados del siglo sexto, el helenismo se ostenta en la plenitud de su apogeo en el territorio colonial jónico del Asia menor. La madre patria tuvo que cumplir una doble tarea: por un lado debía cuidar la institución que, á falta de un lazo de unión política universal, permitía conservar una unidad espiritual en una nación tan privilegiada; y por otro se veía en el caso de completar las sólidas fuerzas en las cuales, después de la decadencia del helenismo asiático, descansaba el porvenir de los helenos.

Es imposible dar cierta conexión á la historia de los griegos, hasta llegar al período de las guerras persas, pues que domina en toda esa época el singularismo y el principio del desarrollo particular en sus distintas manifestaciones; y solo con el advenimiento de la formidable lucha entre la Grecia y el Oriente persa, se unen las distintas historias de los diversos Estados y comunidades de la Grecia y forman una grande y majestuosa corriente, cuyo curso nos será fácil seguir hasta su fin. Pero aun durante el período en que no puede ilustrarnos por completo la luz de la historia, encontramos ciertos caracteres fundamentales que nos permiten, hasta cierto punto, exponer á grandes rasgos la historia unida de los muchos miembros de la nación griega. De todos ellos cogimos que durante ese período se llevó á cabo en Grecia el primer trabajo importante de la historia nacional, ó sea su extensión colonial sobre una parte importantísima de la costa del Mediterráneo y de sus ramificaciones.

Con la emigración dórica y sus consecuencias, con el establecimiento de las razas helénicas llenas de vida en las islas del mar Egeo, y en las costas occidentales del Asia menor que dieron origen á nuevos y poderosos Estados; desarrollá-

ronse en alto grado la afición que sentían los helenos por emigrar, su audaz y enérgica complexión y sobre todo la extensión del helenismo allende los mares. Los nuevos puertos de Grecia, especialmente los orientales, fueron desde entonces el punto de partida de muchas expediciones de los griegos á las apartadas costas del Mediterráneo, gracias á las cuales se hicieron importantísimos descubrimientos. Esas expediciones se llevaron á cabo con el tiempo por grandes escuadras tripuladas por robustos griegos, que se aprestaban á conquistar para el helenismo, aquende y allende el mar Egeo, una gran parte de los territorios pertenecientes á los bárbaros.

Varios fueron los motivos que indujeron á los griegos á fundar nuevas é innumerables poblaciones coloniales. En primer lugar, tenemos los intereses mercantiles que, después de muchas peripecias, convirtieron las simples factorías antiguas en grandes ciudades, cuya creación fué también en parte debida á la necesidad. Los griegos no gustaban, en modo alguno, antes de Alejandro Magno, de alejarse de la madre patria ni de alcanzar grandes conquistas coloniales, contentándose, como dice Cicerón, «con añadir á las comarcas bárbaras una costa helénica,» sin que fuese su intento helenizar el territorio interior. Apoderáronse de la península que se extiende entre el golfo de Efeso y Smirna, de la península troade, de la Calcidia y, en el Occidente, de la actual Calabria, siguiendo en todas partes el trazado de las costas y extendiendo gradualmente sus límites en algunos centenares de millas. Otro motivo, quizás el más poderoso, que dió gran contingente de hombres á la colonización, fueron las luchas de partido que á mediados del siglo VIII y más todavía durante el VII, encontramos en el interior de muchas ciudades griegas. De aquí se derivó la colonización por razones políticas, cuyo poderoso incremento coincide con la época en que el elemento democrático comienza á manifestar su desagrado por la exclusiva soberanía de la nobleza, y en que esta procura por todos los medios posibles facilitar á los perturbadores un camino hacia el extranjero. La nueva forma de los tiranos, que apareció después, y de la cual trataremos extensamente á su debido tiempo, impulsó con frecuencia á la nobleza á la emigración, no menos favorecida por las feroces luchas que repetidamente estallaban entre las antiguas razas y las comunidades.

Nunca estuvo en el ánimo de los helenos la idea de fundar poderosos imperios coloniales y, exceptuando los corintios, tampoco pensaron en establecer entre la metrópoli y sus hijuelas otras relaciones más que las procedentes del culto, de la piedad y más que todo del trato mercantil. Tan general se hizo el espíritu de emigración, que pocos cantones

dejaron de prestar su contingente á la creación del nuevo mundo griego allende los mares. El plan según el cual se llevaban á cabo estas emigraciones, no podía en modo alguno ser nacional, pero la experiencia y la inteligencia del sacerdocio de Delfos influyeron notablemente en las expediciones particulares y les imprimieron la conveniente dirección.

No todas las ciudades, cantones y razas helénicas contribuyeron por igual á la obra de la colonización: la mayor parte de los colonos griegos muestran su origen jónico: Mileto, la preciosa perla del extenso círculo que forman las ricas ciudades del territorio griego, fundó, según parece, más de 80 colonias. Los jonios de Samos y Focea rivalizaron con los ciudadanos de la metrópoli del golfo Látmico, siendo también muy importante la actividad de los jonios de Eubea, especialmente de Eretria y de Calcis, madre de 50 colonias. Por el contrario, en la antigua madre patria de los helenos, los dorios eran los que estaban al frente del movimiento colonizador.

Entre las ciudades así del continente como del Peloponeso, cuando Tebas era una simple ciudad noble apartada del mar; cuando Atenas apenas tenía importancia alguna y ni conocía quizá su misión marítima, ni menos se encontraba preparada para ella; cuando Esparta, á pesar de su numerosa población, era simplemente una plaza de armas, solamente una ciudad podía, como puerto y plaza mercantil, ser comparada con las grandes ciudades asiáticas griegas. Tal era la dórica Corinto, que pronto enarboló su bandera en los mástiles de los buques, cuyas tripulaciones habían de crear una serie de poderosas ciudades griegas. En competencia con ella, se encontraban, entre los cantones dóricos, Megara, y entre las islas de la propia raza, la del Asia menor, Rodas.

Los jonios conquistaron el mar Negro y las rutas que partían del Archipiélago, y la bandera helénica, desplegada con tanto éxito en el Mediterráneo, y ante la cual se retiraron poco á poco los fenicios hasta el interior de la isla de Chipre, ondeó, finalmente, en el delta del Nilo y en las costas del antiguo y precioso país del Egipto. Los jonios de Eubea dirigieron con preferencia á la península Calcídica, que penetra en el mar por tres extensas lenguas de tierra, y á los territorios de las costas de Sicilia y de la Baja Italia. La colonización dórica, en vista de la viva competencia que en esta le hacían los aqueos, arrojados del Peloponeso por la presión espartana, se encaminó, á la sombra de la bandera megárida, al Bósforo y al mar Negro, y bajo la dirección de los corintios á Sicilia y á la costa oriental del Adriático.

En resumen, la extensión de los helenos por la costa y los territorios de las islas del mar Mediterráneo, terminó á mediados del siglo VI antes de Jesucristo. Los helenos se hallaban entonces en completa posesión del mar Negro y de las aguas del mar Egeo que se extendían hasta la desembocadura del Helesponto, habiendo fundado en los territorios que ellas bañan grandes ciudades griegas, como Trebisonda, Sinope (desde 785 ó 770 antes de Jesucristo) y Heraclea de Bitinia (fundada por los de Megara en 559). Durante el siglo VII se levantaron en la costa septentrional y occidental del Ponto las colonias jónicas, de las cuales subsistió, hasta mucho después de haberse creado el imperio romano, la célebre Olbia, situada en la desembocadura del Boristenes. Algunos emigrantes de Megara fundaron en 675 á Calcedonia y en 658 á Bizancio, situadas respectivamente en el Bósforo y en el triángulo que forman el Cuerno de Oro, de un gran porvenir histórico, y la Propóntide. Cizico, la halagüeña perla de la Propóntide, Abydos y Lampsaco, fueron ciudades helénicas en 756, 711 y 650: la Calcidia fué convertida en comarca griega desde el siglo VIII al año 654 antes de Jesucristo y su historia está íntimamente enlazada con la general de los he-

GRECIA Y ROMA

lenos desde la guerra persa de Jerjes; y en las posesiones jónicas se fundó en la segunda mitad del siglo VI la corintia Potidea.

Las colonias corintias de la costa oriental del Adriático, fundadas parte en territorio eolio acarnanio, parte en territorio epirota ó ilirio, aparecen en el intervalo de 735 á 585. Corcira nació en 735 ó 710, Léucades en 655 y Ambracia en 625. Junto á la ciudad corcireña, en Epidamno (Dyrrhachion) se fundó en 627 Apolonia, cuya importancia llegó á su apogeo durante la época romana.

La extensión de Grecia al Oeste del mar Jónico fué en extremo importante para la historia posterior de este pueblo: la helenización de una gran parte de Sicilia y de la Baja Italia hizo que la madre patria tomase el nombre de Grecia central y fué causa de que además del vuelo que tomaron los griegos en Oriente, se desarrollase el ala hespero-occidental del mundo heleno. Y así como los griegos asiáticos trabaron relaciones con los grandes Estados orientales del imperio de los lidios y del de los Aqueménides, del mismo modo los de la Baja Italia, los italiotas, ejercieron gran influencia en la civilización de los próximos pueblos itálicos. En cambio los de Sicilia, siciliotas, debieron de encontrarse en contacto verdaderamente fatal con la gran fuerza colonial de Oriente, es decir, con los fenicios (púnicos) de Cartago.

Los aqueos habían fundado en la Baja Italia, ocho siglos antes de la venida de Jesucristo, la nueva Magna Grecia, cuyas florecientes colonias agrícolas, entre otras, Crotona, Sibaris, Metaponto, creadas respectivamente en 710, 720 y 600, poblaban todo el territorio que se extiende desde la ciudad lócrida de Lócris Epicefria (fundada á fines del siglo octavo) hasta Posidonia. Junto á las ciudades que los jonios fundaron durante la segunda mitad del siglo noveno cerca del Vesubio, como Cyme, precursora de otras muchas, y á fines del siglo octavo (730 á 710) Reggio, alzóse como Estado dórico, la colonia espartana de Tarento. De modo que la Baja Italia, desde la línea Hyle-Tarento hasta el estrecho de Reggio, fué durante muchos siglos un país heleno.

En Sicilia, los trabajos de colonización fueron comenzados simultáneamente por los dorios y los jonios. Después que los indígenas, los siculos, atacados por los griegos, emprendieron la fuga ó se sometieron al helenismo, los jonios calcidios y naxios fundaron en 738 ó 735 antes de Jesucristo la ciudad de Naxos, y al poco tiempo las de Catania (730), Leontinoi y Zancle. De este modo los corintios y los megarenses encontraron abierto el camino de la Sicilia. De la antigua ciudad corintia de Siracusa, que existía ya en 735 ó 734, partieron grandes colonizaciones, entre las cuales merece citarse la de Enna, situada en el centro de la isla. Los dorios de Megara, por su parte, fundaron en 728, entre Naxos y Siracusa, la llamada Megara Hibbla, y en 690 Gela, que, situada en la costa meridional, fué la residencia de los dorios rodios y cretenses. Cuando finalmente los megarenses hubieron creado en 628 antes de Cristo en la costa Sudoeste la ciudad de Selinunte, y los rodios y griegos de Gela hubieron fundado en 528 la de Agragas (Agrigento) que floreció con tanta rapidez, la mitad oriental de la importante isla, poblada por elementos griegos, llegó á ser el límite occidental de las antiguas colonias fenicias.

Las poblaciones de los helenos al Oeste de Sicilia y al Este de la Caria, se relacionan muy poco con nuestra narración. Solo debemos notar que en el lejano Occidente céltico, en 600 antes de Jesucristo, se alzó aquella noble ciudad jónica, la focense Massalia (Marsella), que durante tantos siglos representó, entre las razas célticas del Sur de la Galia, el carácter de ciudadanía y la vigorosa civilización de los griegos, y que posteriormente estuvo en íntimas relaciones

con Roma. En el Mediterráneo oriental ha tenido importancia, para la historia griega, la conquista de la fenicia Chipre (600 años antes de Jesucristo), en la que dominaban elementos griegos de todas razas.

Separada desde antiguo tiempo del resto de la nación, notable en la historia por su oposición á Cartago y por sus relaciones con los soberanos orientales del valle del Nilo, impreso en su existencia el sello africano, encontramos la poderosa colonia de Cirene, que por inspiración del oráculo de Delfos, fundaron los minios y los dorios. Naucrates, finalmente, la colonia jonia establecida en el delta egipcio y tan floreciente desde el año 570 antes de Jesucristo, alcanzó excepcional importancia por las relaciones que con los Faraones sostuvo.

## II. — MACEDONIA

Existe un episodio de la historia especial del Norte de Grecia que, mas que con la historia de la colonización de los griegos, se relaciona con la de la grande extensión de la nación griega. En tiempo de la última emigración general de los griegos, se decía que los antiguos macedonios, al mando de su rey Perdicás I, el histórico ascendiente de la familia de los Argeadas, abandonaron á principios del siglo séptimo antes de Jesucristo, sus primitivas residencias del valle del Haliacmon, en los cantones Orestis y Elimiotis, y con poderoso empuje conquistaron parte del territorio bajo, es á saber, las comarcas que se extienden entre la desembocadura del río Peneo y Axios (Pieria y Emathia), y despues á Eordea y algunos otros países del interior. De este modo entró el pequeño reino macedónico en el concierto de la historia griega. La residencia de los reyes, que hasta muy entrado el siglo cuarto permanecieron en los antiguos Estados griegos, fué durante muchos siglos Edesa ó Aege (hoy Vodena), situada pintorescamente junto al Bermio. En esta rama griega no se habló durante mucho tiempo del helenismo. Si hemos citado en este punto el reino macedónico es porque aquí, en el Norte, se formó y reunió la fuerza destinada á tomar entre sus manos la dirección del mundo helénico, cuando, desde la segunda mitad del siglo cuarto antes de Jesucristo, los Estados septentrionales helénicos entraron en un periodo de visible decadencia. El rápido incremento del poder macedónico encontró pronto en su camino grandes obstáculos: por un lado la colonización de los helenos despojaba á los Argeadas de las costas de su país, y por otro la enemistad de los peonios é ilirios y la aversión de los habitantes del Noroeste á la soberanía de los príncipes de Edesa llenaron la historia de los antiguos siglos con fuertes y tenaces luchas. Así como el incremento que el helenismo tomaba hácia el Norte de los antiguos territorios pronto se vió limitado por las fronteras enemigas, del mismo modo la colonización helénica tuvo que chocar contra la nueva ala, y contra los poderosos enemigos, cuya presión impidió el posterior incremento de los helenos. Los griegos de la costa occidental del Asia Menor estaban desde el siglo séptimo antes de Jesucristo, en continuas luchas con el nuevo poder militar entonces en su crecimiento de los Mermnadas lidios, que al fin á mediados del siglo sexto, con la intervención de los escuadrones persas le sometieron extendiendo sus conquistas hasta el mar Egeo.

Frente á frente del mundo griego permanecían al Oeste los sitaliota libres, durante este periodo de los ataques de los italianos sabelios; pero los siciliotas se encontraban en una situación mas grave, cuando los tirios cartagineses reunieron con fuerte mano en un solo y grande estado las colonias fenicias esparcidas por Africa, Sicilia y España, pudiendo desde el segundo tercio del siglo VI, gracias á sus alianzas con los etruscos, en la Italia del Norte, y con una parte de los indi-

genas en Sicilia, contrarrestar el posterior avance de los griegos hácia Sicilia y hácia el Oeste del Mediterráneo.

Mas adelante veremos cómo del choque violento entre los helenos y las fuerzas orientales nacieron aquellos hechos que dieron origen en el siguiente periodo, primero á una unidad panhelénica de corta duración, y mas tarde, por lo menos, á un gran dualismo. Preséntanse hasta aquí una serie de factores, por medio de los cuales se sostuvo la hasta entonces extensa nación helénica, tantas veces expuesta á disolverse. Sin embargo, dominaba políticamente y de un modo muy marcado el poderoso sello propio de la existencia griega. Tan solo unos pocos cantones, como Laconia y el Atica, se constituyeron en poderosos Estados unitarios: en los demás puntos, la ciudad se unió al Estado y las ciudades coloniales fundaron su poderío en un territorio muy extenso y habitado por obedientes agricultores, las mas de las veces de procedencia extranjera. Las pequeñas anficionias, que ya conocemos, y las comunidades confederadas que se desarrollaron en los cantones particulares, como Beocia y Argólida, y en las grandes razas, como los jonios asiáticos, no pudieron condensarse políticamente en parte alguna formando grandes masas. El punto de unión que mayor fuerza conservaba era el religioso, es decir la comunidad de sacrificios, la cual, sin embargo, no impedía en manera alguna que las ciudades aliadas se declarasen cruelmente la guerra entre sí, siendo muy frecuentes las luchas entre las comunidades helénicas. De todas ellas, las que mayor importancia política revisten son la que estallaron entre los dorios de Esparta y los mesenios, y la que, poco antes de la guerra persa, sostuvieron los aqueos de Crotona contra Sibaris.

Hubo en esta época algunas guerras helénicas que arastraron en pos de sí á un gran número de Estados griegos, y que bien merecen ser comparadas con las legendarias campañas de los tiempos heroicos. Citaremos, entre otras, la guerra panhelénica que sostuvieron Eretria y Calcis sobre la posesión de las ricas llanuras lelánticas de la Eubea, que ocurrió segun unos desde 720 á 700, segun otros á principios del siglo VII y, al decir de unos terceros, desde mediados de este hasta 630 antes de Jesucristo. Esta lucha se extendió por todo el Archipiélago, tomando Mileto el partido de Eretria y Samos y las ciudades calcídicas y los caballeros tesálicos el de Calcis, que fué la que consiguió la victoria. La segunda guerra mesénica, que describiremos mas adelante, estalló á mediados del siglo VII y no solamente devastó el Peloponeso, sino que perjudicó en alto grado, aunque indirectamente, las comarcas de Atica y Creta. Finalmente algunos actos violentos de los focenses de Crissa contra los emigrantes á Delfos, dieron lugar á una encarnizada guerra, la primera que tomó el nombre de santa: tomaron parte en ella, contra los criseos, Atenas, los tesalios y el príncipe Clistenes de Sicione (595 á 586 antes de Jesucristo), quienes conquistaron la ciudad de Crissa y despues de un bloqueo de cuatro años la de Cirrha, la plaza fuerte marítima de aquella comunidad, venciendo, por fin, á los restos del enemigo que se atrincheraron en las montañas.

La relación que con Delfos tiene esta guerra nos lleva inmediatamente á bosquejar uno de aquellos hechos que consolidaron moralmente al mundo griego durante aquel periodo. El sentimiento nacional helénico contra el extranjero no habia alcanzado todavía aquel grado ideal de fuerza que se suele encontrar en toda lucha por la existencia. Por fortuna de los helenos, hubo en la madre patria á lo menos dos puntos queridos y respetados por todos los miembros de la nación, en donde se concentraron por espacio de muchos siglos los intereses morales de todas las razas: tales eran Olimpia y Delfos.

En el próximo capítulo veremos cómo á mediados del siglo VIII antes de Jesucristo casi todas las antiguas monarquías que en Grecia, aqueude y allende los mares, existían, fueron completamente destruidas por los elementos aristocráticos, que dominaron sin modificación, si no durante todo el tiempo de las guerras persas, por lo menos durante su mayor parte; y aun en algunas comarcas, como las que se extendían al



La Nike del Peonio

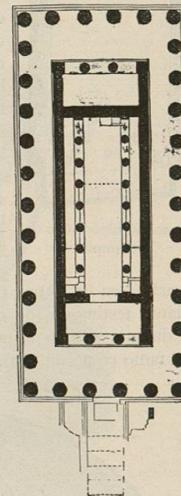
Norte y al Sur del istmo, su dominación fué mas duradera. Los ejercicios corporales y los juegos gimnásticos para el completo desarrollo artístico, la ambición, y el amor á lo bello, crearon aquel temperamento, gracias al cual los antiguos juegos olímpicos restablecidos por Licurgo é Ifito se consideraron como una institución panhelénica. El ideal de los espartanos, y digamos de paso que Esparta por medio de Licurgo llegó á ser durante el siglo octavo la primera potencia del Peloponeso, fué evidentemente unirse á las fiestas olímpicas, ideal de que participan, asimismo en los dorios del Sur, hasta los límites del Atica, y mas tarde en los demás habitantes peloponésicos. Cuando esto se hubo realizado, al terminar el siglo VIII, fué seguido el ejemplo por todos los griegos sin distinción. Los dorios establecidos allende el mar Egeo, los poderosos nobles del Atica, las brillantes razas jónicas del Asia, la nobleza de Beocia y Tesalia, los siciliotas y los italiotas, encontraron pronto el camino de la llanura que se extiende debajo del Alfeo, de modo que á fines del siglo VII antes de Jesucristo se nos aparece ya la fiesta que en Olimpia se celebraba en honor de Zeo, como una fiesta nacional panhelénica.

## III. — JUEGOS OLÍMPICOS

Las fiestas olímpicas fueron, hasta los últimos momentos de la antigüedad, el rasgo característico del idealismo y del brillante esplendor de la vida griega, llegando á ser tan indispensables para toda la nación, que no pudo suspenderlas ni la invasión de los pueblos del Norte, acaecida en el siglo IV despues de Jesucristo, ni la aproximación de los innumerables ejércitos de Jerjes, cuando Grecia se encontraba en su apogeo. No debe, tampoco, olvidarse que la llanura del Alfeo, abundante en mosquitos, y bañada por los ardientes rayos del sol de julio, difícilmente podía ser un sitio agradable para una naturaleza inclinada á los placeres; pero el pueblo venció sin cuidado esos escrúpulos. A mediados del siglo II de nuestra era, un rico griego construyó un magnífico acueducto que conducía el agua de los frescos manantiales de la montaña á la ciudad de Olimpia. Cada cinco años, cuando el plenilunio caía en el solsticio de verano, los elios heraldos de Zeo publicaban la santa tregua de Dios en la comarca siempre inquieta de los helenos, á fin de garantizar la seguridad personal de cuantos, de todas partes de la Grecia, acudían á las

fiestas olímpicas. Nadie podía, durante el mes de la fiesta, atravesar armado la comarca de Elide, y todo el Peloponeso, por lo menos, debía suspender por igual tiempo las hostilidades, caso de que la lucha ensangrentase sus comarcas. El gobierno de Elide, á cuyo cargo corría la dirección de la fiesta, tenía y ejercía el derecho de excluir de la misma á aquellos que violaran este ú otro de los preceptos establecidos, hasta tanto que la violación era expiada con fuertes multas. Cuando se habían hecho las debidas invitaciones, los vigorosos varones de las razas griegas se dirigían hácia la Elide: por el istmo llegaban los griegos del continente; en el puerto corintio oriental de Ceneira desembarcaban los invitados del Este y en la desembocadura del Alfeo atracaban las adornadas lanchas de las colonias corintias del Adriático y las de los italiotas y siciliotas. Los embajadores, en cuyos brillantes adornos rivalizaban las comunidades y los mensajeros de la fiesta entre sí, se reunían en Elis, desde donde, seguidos de los animales que para los sacrificios llevaban, y de sus conciudadanos asistentes á la fiesta, se dirigían por el camino sagrado á la llanura de Olimpia, que distaba 14 leguas de aquella ciudad. Allí se encontraban las construcciones del santuario de Zeo, los espacios designados para los juegos gimnásticos y además de algunos albergues, las habitaciones de los sacerdotes, poblándose la llanura de una verdadera ciudad de tiendas de campaña en las cuales se cobijaba lo mejor de Grecia. Dábase comienzo á la fiesta por el gran sacrificio á Zeo, en el Altis, esto es, en el bosque sagrado, dentro del cual se encontraban los santuarios de la localidad y en cuyo centro se elevaba el magnífico altar de aquella divinidad.

Despues de los sacrificios, y en presencia de un inmenso número de espectadores, del cual estaban excluidas las mujeres casadas, se celebraban los juegos gimnásticos, que en un principio se reducían á varias clases de carreras. A partir del año 708 antes de Jesucristo, fué mucho mas variado el programa de las fiestas, introduciéndose entre otras el Pentathlon ó cinco luchas á saber: salto, carreras de varias clases, disco, lanza y anillo. Pero no se detuvieron aquí, pues para que la fiesta conservase el carácter de panhelénica, y á fin de que no se separasen de ella algunas razas, además del arte gimnástico de los dorios, se tuvieron en consideración las aficiones de los demás miembros de la nacionalidad griega. Ya desde 688 antes de Jesucristo se habia introducido el pugilato, y ocho años despues, es decir en 680, tomaron los juegos gracias á las carreras de carros y á las de coches con cuatro caballos, mayor extensión, aumentada todavía cuando en 648 se establecieron las carreras de caballos. Por ese mismo tiempo habiase dado á conocer el Pancracio, combinación especial de la lucha de anillos y del pugilato. La preferencia, cada vez mayor, que se daba á la gimnasia, permitió ya en 632 á



Plano del templo de Zeo en Olimpia



Moneda de Elide con la imagen de Zeo olímpico